

Con estancia prolongada en las Descalzas Reales

Viaje de la Emperatriz María de Austria a España

Por RAFAEL CEÑAL

La Princesa Doña Juana, por Sánchez Coello.
Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.





El Emperador Maximiliano II. Grabado de J. A. Boener.
Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Hace cuatro siglos entraba por el camino de El Pardo una insigne madrileña, la Emperatriz Doña María de Austria, esposa del Emperador Maximiliano II, hija del Emperador Carlos V y hermana, por lo mismo, de Felipe II, de quien además fue también suegra, pues le dio como cuarta esposa a su hija, la Princesa Ana. Este viaje de la Emperatriz María lo ha inmortalizado el pincel de Van der Beken. Su obra se conserva dentro de

los muros del Convento de las Descalzas Reales de Santa Clara, de Madrid, fundación de su hermana la Princesa de Portugal, Doña Juana, madre del Rey Don Sebastián.

Las razones más aparentes y de bulto de este viaje, que conmovió las cancillerías europeas, nos las da el historiador de Felipe II, Cabrera de Córdoba¹: «La Emperatriz Doña María, hermana del Rey Católico, viuda del Emperador Maximiliano, sabida la

muerte de su hija la Reina Doña Ana, y que sus nietos y sobrinos quedaban muy niños en gobierno de ayos y tutores, si muriera el Rey, y deseando salir de Alemania por no ver tantos trabajos como la Iglesia Católica con su gran detrimento padecía en ella, y que daría fin a sus días en España con más quietud y seguridad de cuerpo y espíritu en buena vejez, porque el justo bien envejece, escribió al Rey, su hermano, dispusiese el viaje y cumplimiento de su buen deseo».

Pero más que nada había un afán de recogimiento y sentía en su alma aquellos afectos que pone Antonio de Rojas en la *Vida del espíritu*²:

*Con los ojos cerrados, más se acierta
y con la obscuridad mucho más vemos;
y estando solos, mucho más podemos;
y al encerrarnos, abre más la puerta.*

*Hay más regalo en tierra más desierta.
Sin pies en esta vida, más corremos,
y sin manos, mucho más hacemos;
y el reposo y quietud más nos despierta.*

*Con simple corazón, mejor se entiende;
y con el no saber, mejor se sabe;
sin báculo ni arrimo, mejor se anda.*

*Con estar al descuido, más se atiende
y al que menos procura, más le cabe;
y al que se deja más, aquí más manda.*

Cuando el 12 de octubre de 1576 las campanas de la Catedral de San Pedro de Regensburg (Ratisbona) doblaban a muerto por el Emperador Maximiliano II, su esposa María había consumido su carrera imperial. Aquella fecha era un hito crucial en su historia. La Duquesa de Baviera, su hermana, veló discretamente a la Emperatriz los últimos momentos de su esposo. El Marqués de Almazán enviaría una relación de la muerte a la corte española en la cual se encuentran estas lacónicas y significativas palabras: «Murió tan desastrosamente como había vivido».

María había sido extremadamente fiel a su esposo a quien amó siempre entrañablemente a pesar de sus extravíos religiosos. Esta fue su corona de espinas, que ella ocultaba cautelosamente bajo su corona imperial. Aquella sólo la conocían sus confesores franciscanos, fray Francisco de Córdova y fray Juan de Espinosa; sus predicadores jesuitas, los padres De Antonio y Avellaneda; los embajadores de España, Barón de Chantonay, Marqués de Almazán y Juan de Borja; y sobre todo su hermano Felipe II. Las cartas de la Emperatriz a su hermano nos describen la tragedia de su alma por la apostasía de su esposo el Emperador.

La Emperatriz viuda repetía, en el palacio de Hradcany de Praga, las tristezas y requiebros de su abuela Doña Juana I de Castilla³:

*Por amar reina y señora
te saliste de tu esfera
soberana...,
por amar en mala hora
recorres la paramera
castellana.*

No sale de sí María de Austria, como su abuela, que en frase del poeta⁴:

*«La lluvia de febrero golpea los ca-
[minos;
aúllan los lebreles del viento en la lla-
[nura.
La reina doña Juana, de los tristes
[destinos,
pasea por Castilla la muerte y la lo-
[cura.»*

Desde el castillo-palacio, la Reina Juana hace la vela del cadáver de su esposo enterrado en el convento de Santa Clara. La Emperatriz María se pasa largos ratos en oración ante el sepulcro de su esposo que se encuentra en la Catedral de San Vito. Después vive sola su amarga soledad y viudez. Las horas que desgana el famoso reloj astronómico de Hanus del palacio del Ayuntamiento de Praga se le hacen eternas.

Había un contrapunto que aliviaba sus penas. El afán de ella en que sus hijos, los Archiduques Rodolfo y Ernesto, se educasen cabe su hermano Felipe II había surgido su efecto. Los tiempos habían cambiado, la cura de Alemania requería mucho tiempo. Después de la guerra de Esmalkalda y la Dieta imperial de Augsburgo, una aurora se levantaba entre las brumas germánicas: era la Contrarreforma. Por ella había roto lanzas el Emperador, y moría como un monje en Yuste. Canisio había levantado bandera y sonado atabales, y de los Alpes dolomíticos de Trento soplabla el viento huracanado del espíritu. Su hijo, el nuevo Emperador del Sacro Imperio, era fiel a su juramento de ser protector de la Iglesia, cosa que no había hecho su esposo, el fedifrago Maximiliano. Había dos cosas que empañaban este alivio: la soltería empedernida de su hijo y su corte extraña de alquimistas, astrólogos y nigromantes...

Después de la embajada del Archiduque Carlos, portador de las inquietudes del Emperador Maximiliano II sobre la prisión del Príncipe Carlos y sobre la política de mano dura del Duque de Alba, hubo una embajada frustrada de la misma Emperatriz, muy deseada por ella y por su regio hermano, y hábilmente impedida por Maximiliano. ¿Quién como María hubiera podido poner al tanto a Felipe II sobre la maraña política interior del Imperio, sobre el problema de Flandes y la situación de Hungría? Todavía se podía llegar a tiempo y ella tenía todos los hilos de aquel devenir político y religioso.



MAXIMILIANVS II·D·G·ROMAN·IMP·SEMPER AVG·
GERMAN·VNGAR·BOHEMIAE DALM·CROAT·REX
ARCHID·AVSTRIAE DVX BVRGVND·COM·TIROLIS·SC
M D L X X V

El Emperador Maximiliano II. Grabado de M. Rota.
Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Además en sus horas de insomnio y en sus ratos de ocio, su mente cabalgaba por los caminos alegres o tristes que ella había recorrido siendo Reina de Bohemia y Emperatriz de Alemania: su arriesgado periplo naval de Barcelona a Génova, su viaje por Trento a Innsbruck, donde después de muchos años volvería a encontrarse con su padre el Emperador, que quería poner en orden y concierto las relaciones un tanto tensas por el problema de la sucesión imperial entre Maximiliano y el Príncipe de España Felipe; su entrada triunfal en Viena, donde se exhibió un elefante que causó admiración y regocijo en todos los vieneses; su coronación como Reina de Bohemia en Praga, y como Reina de Hungría en Posonio (Bratislava); y finalmente su viaje

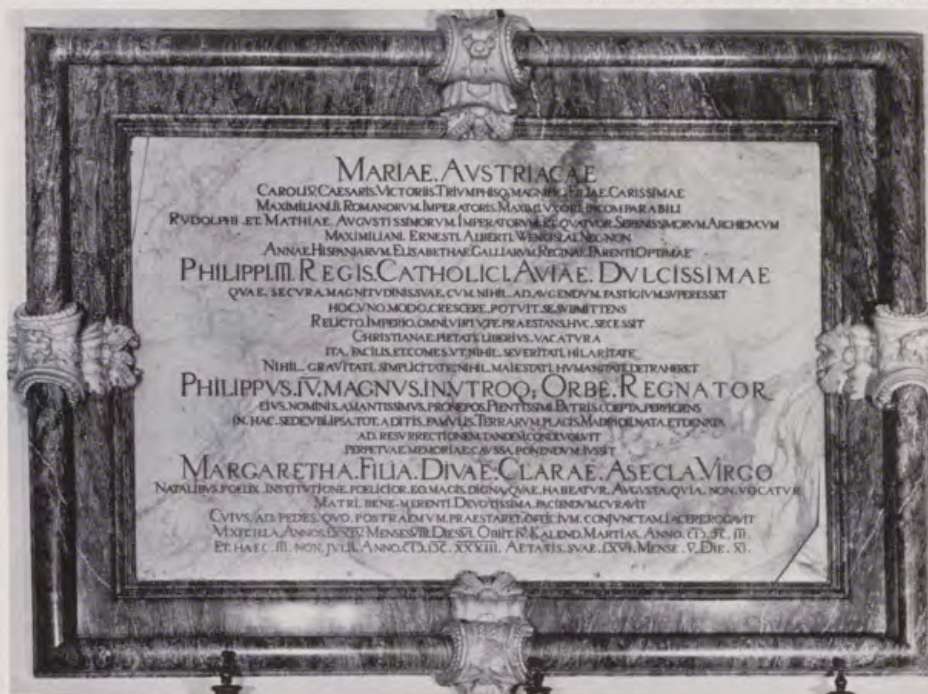
y coronación como Reina de Romanos en Frankfurt. Así se le pasaban las horas enfrascada en estos pensamientos y comentándolos con sus damas españolas y sobre todo con el último embajador, don Juan de Borja.

Pero para ella un viaje de imperecedero recuerdo es su ida a Bruselas en 1556 para dar el último adiós a su padre el Emperador.

Antes han llegado a Viena los graves acontecimientos, asombro de Europa, ocurridos en la corte imperial de Bruselas en el otoño de 1555. Nunca mejor dicho, pues ese fue el auténtico otoño con un deshojarse ilusiones y grandezas y un quedarse el árbol desnudo con sayal de monje.



Mausoleo y epitafio de la Emperatriz María.
Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.



Detalles del epitafio de la Emperatriz María.
Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.



Aquel 25 de octubre de 1555 fue una de las fechas más emocionantes de aquella centuria e incluso de todos los siglos. Era un *tournant de l'histoire* que diría el famoso canónigo y profesor de Lovaina l'abbé Dondeyne. En Ella estaba simbolizado el fin de la Edad Media y el comienzo de una nueva era.

La abdicación del Emperador Carlos V en aquellas tierras de Flandes, que acunaron los albores de su existencia, no era un *ex abrupto* malhumorado en la vida del César. El había concebido ya la resolución de retirarse del mundo. Escribe Mignet⁵: «A la edad de los treinta y cinco años, antes de su viudez y de sus reveses, cuando era el más afortunado de los hombres y el más poderoso y más lleno de gloria de los príncipes. Esto ha llegado a nosotros por un despacho inédito del embajador portugués Lourenço Pires de Tavora del 16 de enero de 1557; despacho que fue escrito después de una entrevista tenida con el emperador en el castillo de Jarandilla, veinte días antes de que Carlos V se encerrase en el monasterio de Yuste».

Ahora había llegado el tiempo de cumplir sus deseos. Las dimisiones del Emperador se van sucediendo en cadena: primero la renuncia de la soberanía del Toisón de Oro el 22 de octubre de 1555; después viene la renuncia a los estados de Flandes el 25 de octubre en el Palacio de Bruselas. Entró Carlos en aquella egregia asamblea apoyado en el Príncipe de Orange. Sandoval recoge las palabras del César. Todos le miraban de hito en hito y le escuchaban *arrectis auribus*. Hizo un recorrido de su historia, que era la historia de Europa: nueve veces había ido a Alemania, seis a España, cuatro a



La Emperatriz María en traje de viuda, por Pantoja de la Cruz. Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

Francia, dos a Africa y dos a Inglaterra. Ahora emprendía su último viaje a España para prepararse al gran viaje de la eternidad. Quería descansar del peso del gobierno y entregar a su hijo Felipe las coronas reales de España, y a Fernando la imperial de Alemania.

Las lágrimas asomaban a los ojos de los circunstantes, y los sollozos se oían por doquier; *sic transiit gloria mundi* era el mejor epígrafe para aquella jornada histórica.

En el último día de enero de 1556 escribía el Emperador Carlos V al Rey de Bohemia Maximiliano estos extremos⁶: «Hijo, no os he escrito estos días por aver estado malo ya bendito dios quedo mejor y muy contento con aver acabado de renunciar en el rey despaña y secilia lo que falta, por hazer y verme libre pra myrar y asentar las cosas de mi conciencia y espero en nuestro señor que todo a de ser para su servicio...». Estas palabras dirigidas

a su esposo se clavaron como un arpón en el corazón de María, la Reina de Bohemia. Ahora volvían a resonar en sus oídos. La renuncia de su padre no era una huida, ni una derrota. Desde Yuste, como Teresa de Jesús desde sus «palomarcicos», libraría batallas más decisivas a los novadores: «Y estando solos, mucho más podemos; y al encerrarnos, abre más la puerta».

Hay un reclamo de la sangre y el amor: sus padres yacen enterrados en Yuste y en Granada. Su hermano ha hecho en El Escorial un gran mausoleo para ellos que llenará de admiración al Archiduque Carlos, no quisiera estar lejos de ellos. Por otra parte, su hermana la Princesa Doña Juana había hecho la fundación del Convento de las Descalzas Reales de Santa Clara, cuyos muros habían recogido las sonrisas de su niñez junto a su madre la Emperatriz Isabel. Los bohemios y los tudescos la decían que harían unas «Descalzas Reales» para ella en Praga.



La Emperatriz María recibiendo la comunión de manos de San Carlos Borromeo, por Pantoja de la Cruz. Descalzas Reales.

El golpe de gracia fue la muerte de su hija la Reina Ana, cuarta esposa de Felipe II, ocurrida en Badajoz el 21 de octubre de 1580 (estaba el Rey ocupado en Portugal)⁷: «No podía faltar —escribe Fernández y Fernández de Retana— un “cometa no grande” que apareció por la parte de Occidente; y al fin, acaso aceptó el Señor el noble sacrificio de aquella vida preciosa en sustitución de la del rey (había estado enfermo de cuidado) y el 26 de Octubre moría plácidamente en Badajoz doña Ana de Austria, a los treinta y un años menos seis días de su breve y santa vida dejando al rey definitivamente solo, después de cuatro uniones conyugales».

Era Ana la hija predilecta de Maximiliano y María, y había nacido en Cigales (Valladolid) en la época de la regencia de los Archiducos. En ella se pensó como esposa del malogrado Príncipe Don Carlos. La muerte conmovió el corazón de su madre la Empera-



El Emperador Rodolfo II. Grabado de E. Sadeler.
Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

triz viuda, pero además sentía la viudez de su hermano y la orfandad y desamparo del Príncipe de España Don Diego y de su hermano Don Felipe; la hora, si no en el reloj de Hanus si en el reloj de Dios, había sonado: tenía que partir para España.

El padre Bartolomé Alcázar en la *Chrono-Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo* dice que la Emperatriz envió por delante al famoso jesuita portugués Francisco de Antonio. Llevaba sin duda un mensaje secreto para su hermano, que hasta ahora no ha llegado a nosotros.

¿Dónde se recogería la augusta señora?, nos dice Méndez Silva, su biógrafo⁶:

«Acordándose, pues, de la Real Casa, que la Princesa de Portugal Doña Juana su hermana avia fundado año 1559 en Madrid de Religiosas Descalzas Franciscas, con nombre de la Madre de Dios de la Consolación, en que estava sepultada desde el año 1573 que murió; le pareció esta digna de ser instrumento de sus glorias y depósito de sus Imperiales cenizas».

Su afán es vivir una vida recogida no monja, como tampoco fue monje su padre el Emperador en Yuste. Son reveladoras a este respecto las palabras que se continen en una carta del Cardenal Granvela a don Cristóbal de Salazar, secretario de la Embajada de

España en Venecia, fechada en Madrid el 19 de febrero de 1582⁹:

«La Sma Enperatriz era su camino luego a St. Lorenzo el real a hazer el Off^o que se deve a la sepultura de los passados Escrivem Don Ju^a de Borja (repite) Escrivem Don Ju^a de Borja quel viernes que vino llegara al pardo donde después de mañana deven ir el P^e N. S^{or} con su servicio y her^{ias} para recibirla...»

Más adelante continúa así¹⁰: «La Emperatriz en las Descalzas, muestra gran deseo de querer vivir vida reposada retirada y como dice para servir a Dios en un rincón no sé si el Rey se lo consentirá pues ternia menester emplearla en q'también se pueda servir Dios».

En efecto, Felipe II pensó en nombrarla Gobernadora del recién anexionado reino de Portugal. Sería repetir la historia de la Reina María de Hungría, Gobernadora de Flandes. La Emperatriz María se resistió, al fin tuvo que ceder Felipe II.

Cuando corrió la noticia de su viaje tuvo gran revuelo Alemania, de él se hace eco Méndez Silva¹¹:

«Pero divulgándose, con sentimiento en toda la Germania, llorava amargamente su ausencia, no solo los Católicos, pues era su único amparo, y singular refugio, sino los Hereges, viendo que les faltava su Augusta persona para las cosas de justicia, y equidad, y así todos los Estados hizieron gran insistencia a la Emperatriz, suplicándola con lágrimas. Que la apiadasse el intento, ofreciéndole sus haziendas, y personas, con tanto que los dexasse huérfanos sin madre: proponiéndole mas, que ellos querian fundar otro Convento en Alemania de la misma traza, y modelo que el de Madrid; y si convenia traer monjas de España, que lo conseguirían. Quien era tan compasiva, no hay duda quedaría lastimada mas considero con atención y prudencia ser lo determinado mas conveniente para gloria de Dios, y su salvación, que nunca son los indicios mayores para conocer una alma Santa, que aumentar el deseo, quando puede dilatarse la execucion y estar mas fervorosa la gracia, quando suele estar mas cobarde la naturaleza».

Más fuerte fue el dolor y la pena de Su Santidad el Papa Gregorio XIII, según nos dice el mismo cronista Méndez Silva¹²: «Luego que supo la formada el Sumo Pontífice Gregorio Decimotercero, dixo: Ciertamente temo venga algun gran castigo del cielo y lamentable ruina sobre Alemania, y Ungria, por ausentarse de aquellas tierras una persona tan Santa y tan Fuerte Columna de la Fe, como la Emperatriz MARIA».

En todo este viaje son piezas clave Felipe II y Rodolfo II, éste pone en juego todos los príncipes feudatarios del Imperio, aquél a don Sancho de Guevara y Padilla, Gobernador interino de Milán, y al Príncipe Don Juan Andrea Doria, que se encargará del periplo Génova-Colliure (en el Rosellón). Dirige toda la expedición como mayordomo mayor don Juan Borja, antiguo embajador del Imperio.

Partió la expedición de Praga el 1 de agosto de 1581. Desde la raya de Austria hasta Viena consideró como un itinerario probable: Gmund, Krems, St. Pölten. Salió de Viena más tarde de lo previsto, el 30 de agosto. El viaje desde Viena fue por Stiria y la entrada en Venecia por el Friuli.

Por una carta fechada en Venecia a 23 de septiembre de 1581¹³, sabemos que en Benzon vino a su encuentro Cristóbal de Salazar, en Sacil reposó el día de San Mateo, y llegó a Padua el 25. Aquí, según nos dice Papasogli, el Capítulo le ofreció una reliquia de San Antonio. Los Marqueses de Castiglione, padres de San Luis Gonzaga, y sus hijos, entre ellos San Luis Gonzaga, se unieron al cortejo imperial en Vecenza o incluso antes.

Cuando la Emperatriz llega al Milanesado se encuentra casi como en España: «Le ha dado un gran contentamiento —escribe Sancho de Guevara al Rey— verse en los Estados de V.M.».

Las fechas y el itinerario a través del Milanesado se puede reconstruir así: el 30 de septiembre estuvo en Verona, el 10 de octubre estaría en Brescia, el 3 en Soncin, el 4 en Lodi donde permanecería hasta el 6, ese día saldría para Pavia donde estaría el 7 y 8. El padre Fita nos dice que en Lodi se entrevistó con San Carlos Borromeo. A Pavia se acercó el Duque Octavio de Parma. Después fue la Emperatriz a Alessandria, pues no quiso pasar por Milán. Llegó a Novi el 12 de octubre y de ahí saldría hacia Génova para embarcarse para España¹⁴.

Si en todo el viaje por tierra la figura clave fue don Sancho de Guevara, Gobernador interino de Milán, por el Mediterráneo el protagonista es el conocido Almirante don Juan Andrea Doria, que intervino en la batalla de Lepanto.

Sobre el viaje por mar de la Emperatriz nos da el padre Fidel Fita los siguientes datos: *Génova*. Llega el 16 de octubre, y sale el 8 de noviembre con fuerte temporal de agua y viento, *Savona*. Se detiene 12 días. *Marsella*. Adora las reliquias de Santa María Magdalena, y visita la cueva y santuario de la Sainte Baume. *Colibre*. Desembarca el 12 de diciembre y prosigue el viaje por tierra¹⁵.



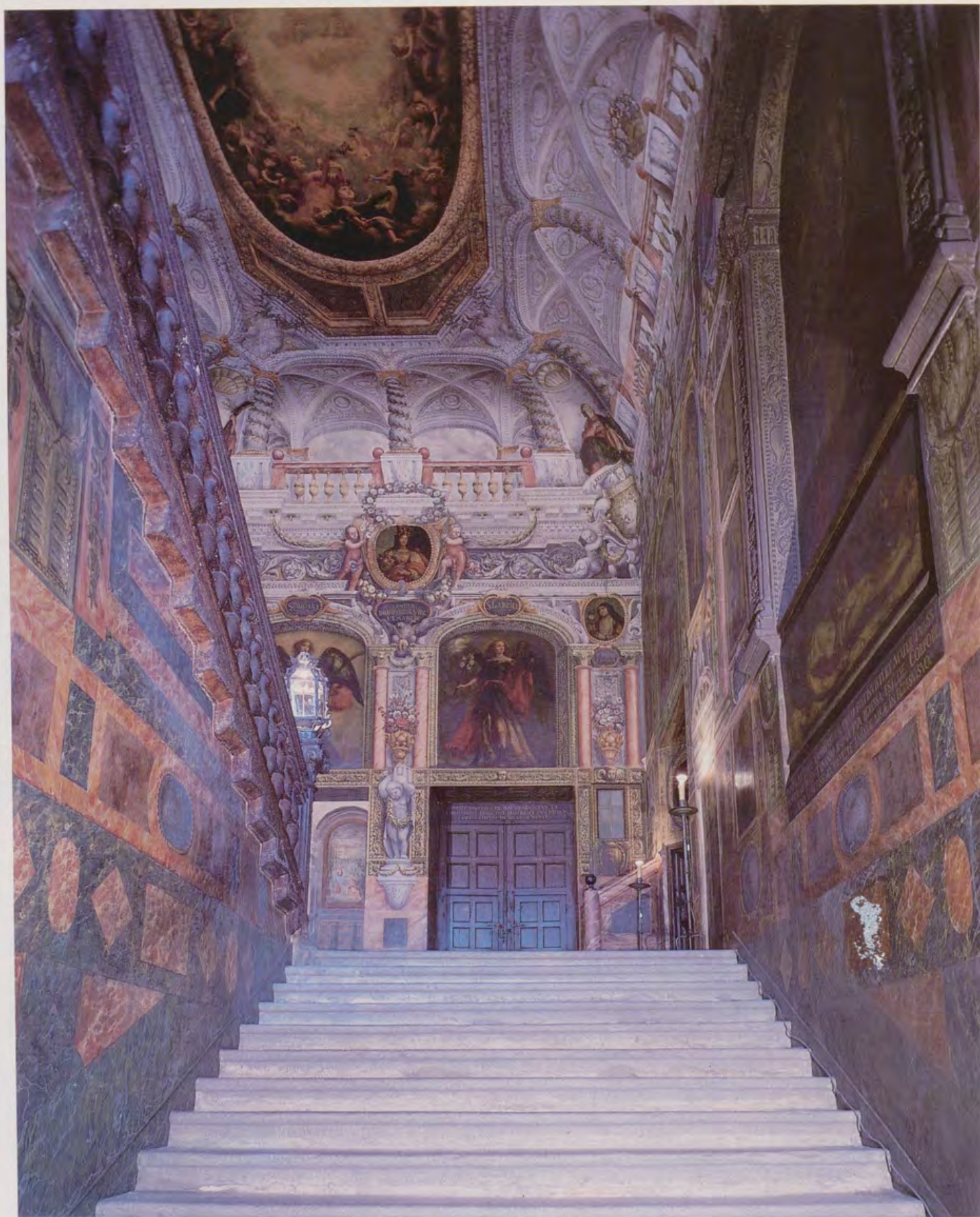
La Emperatriz María de Austria. Grabado de J. A. Boener. Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

La Emperatriz fue recibida solemnemente por la Diputación de Barcelona el día de Reyes de 1582. En la comitiva hay muchas carrozas de nobles extranjeros. El 8 de enero hay una gran fiesta en honor de la Concepción para cumplir un voto por haber llegado con próspero salvamento. Visita Pedralbes, religiosas de Jerusalén, iglesia de Belén de los jesuitas, San Francisco. El 22 de enero sale de Barcelona, visita Montserrat y toma la vía de Lérida, pasando por Igualada. El 5 de febrero llegó a Zaragoza¹⁶:

«... Su Magestad y la Infanta (Margarita) venían en una litera solas, y venía abierta para que todos los pudiesen ver, tras su Magestad venía la Duquesa de Villahermosa en una hacanea muy bien aderezada, en un sillón de plata; y ella muy ricamente vestida».

El miércoles 7 fue la Emperatriz a oír Misa a Nuestra Señora del Pilar. El 20 de febrero llegó la Emperatriz a Guadalajara. El 22 llegó a Barajas. El 23 estaba en El Pardo, según nos refiere Khevenhuller¹⁷, allí fueron a saludarla el Príncipe Don Diego y las tres Infantas. El 26 marchó la Emperatriz a El Escorial. El 6 estaba otra vez en El Pardo. El 7 llegaba a las Descalzas Reales. Era el final de aquel histórico viaje.

Desde las Descalzas Reales, la Emperatriz hizo su testamento de piedra: era la fundación del Colegio Imperial, prueba de su amor y devoción a la Compañía de Jesús y a la Villa y Corte de Madrid que la vio nacer. Al fin podía decir: *In pace in idipsum dormian et requiescam*.



Escalera del Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

NOTAS

¹ LUIS CABRERA DE CORDOBA, *Felipe II*, t. 2, Madrid, 1876, pág. 626.

² MELQUIADES ANDRÉS MARTÍN, *Los recogidos*, Madrid, 1976, pág. 794.

³ EUSEBIO GONZÁLEZ HERRERA, *Tordesillas en la historia*, Barcelona, 1968, pág. 98.

⁴ EUSEBIO GONZÁLEZ HERRERA, *op. cit.*, pág. 98.

⁵ M. MIGNET, *Charles Quint*, París, 1857, página XIII.

⁶ HAUS HOF UND STAATSARCHIV, *Spanien*, Hof-korresp. Karton Mappe 5, fol. 3.

⁷ LUIS FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, «Felipe II», *Historia de España de Menéndez Pidal*, t. XIX, Madrid, 1966, pág. 278.

⁸ RODRIGO MENDEZ SILVA, *Admirable vida y heroicas virtudes de aquel glorioso blasón de España, fragante azucena de la Cesarea Casa de Austria, y supremo Tiembre de felicidades Augustas de las mas celebradas Matronas del Orbe, la Esclarecida Emperatriz María, hija del siempre invicto Emperador Carlos V*, Madrid, 1633, pág. 37.

⁹ Simancas, Estado, leg. 1.527, fol. 102.

¹⁰ Simancas, Estado, leg. 1.527, fol. 102.

¹¹ RODRIGO MENDEZ SILVA, *lec. cit.*, págs. 37 y 38.

¹² RODRIGO MENDEZ SILVA, *lec. cit.*, pág. 38.

¹³ Simancas, Estado, leg. 1.339, fol. 78.

¹⁴ FIDEL FITA, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XVII, págs. 249-264.

¹⁵ FIDEL FITA, *loc. cit.*

¹⁶ FIDEL FITA, *loc. cit.*

¹⁷ HANS KHEVENHULLER, *Geheimes Tagebuch, 1548-1605*, Graz, 1971, págs. 117 y 118.